

Codex
Nigrum

José M^a Latorre

El joven alemán Hans Richter acude a un congreso de demonología que se celebra en la ciudad de Roma. Va a presentar una ponencia en la que trata de demostrar que el demonio no existe.

En una iglesia de la capital, unos días antes de la celebración del encuentro, ocurre un extraño fenómeno. Parece que todo tiene relación con un famoso tratado de la Edad Media que recoge todo el saber de la antigüedad sobre el demonio: el *Codex Nigrum*.

*No te tienes que guardar del ruido;
el peligro se esconde en el silencio.*

FREDERICK PROKOSCH

Con el terror ahuyentaré vuestro sueño.

HORACIO-EPODO V

... La noche pertenece al diablo.

GEORGES BERNANO

PÓRTICO

CUANDO el párroco abrió aquella mañana la puerta del templo, como lo venía haciendo invariablemente desde hacía casi cuarenta años, un fuerte hedor lo hizo retroceder unos pasos y estuvo a punto de no entrar y quedarse un rato respirando el aire de la plaza, preferible pese a estar contaminado. Se trataba de un olor repugnante que le recordaba el hedor de la putrefacción orgánica y el de las cloacas en un día de lluvia.

Era la primera vez que le sucedía algo así durante todo el tiempo que había estado al frente de aquella iglesia y se preguntó qué podría haberlo causado.

Todavía titubeó antes de entrar, sin poder evitar una sensación de rechazo al hedor.

Al contrario de lo que hacía los demás días, dejó abierto el portón y empujó una de las hojas batientes del íterin. El templo se le reveló entonces en su silenciosa quietud, en su oscuridad apenas rasgada por la claridad que empezaba a manifestarse a través de los vitrales de las claraboyas. Dentro no parecía oler tan mal, a no ser —se dijo a sí mismo— que su olfato lo hubiera asimilado hasta el extremo de no provocarle una reacción de náusea. Al rato de permanecer inmóvil junto a la puerta, como si no se atreviera a dar ni un solo paso para no remover el aire, creyó percibir que éste había recuperado su normalidad. ¿Sería que el hedor había salido al exterior a través del portón abierto?

Echó a andar por el pasillo central de la nave, camino del altar, para ir a la sacristía. Todos los días repetía esos movimientos de un modo casi mecánico, como si formaran parte de un ritual cotidiano. No sabía explicarse la causa, pero sentía que la iglesia no estaba igual que la había dejado al marcharse el día anterior, una vez terminadas las labores de la jornada; y eso le hacía estar intranquilo. Por otro lado, con la precipitación había dejado abierto el portón de la calle y todavía era demasiado temprano para tener el acceso abierto. De manera que se encaminó hacia la salida del templo mientras inspeccionaba el sombrío lateral derecho, mirando todo con prevención, como si intuyera que le aguardaba una desagradable sorpresa, pues el olor que le había asaltado al entrar tenía que estar forzosamente producido por algo.

Su mirada resbaló por los confesonarios, por las capillas laterales, por los frescos de las bóvedas y por los capiteles todavía inundados de sombra, por los rincones y zonas oscuras del templo, y por los cuadros colgados en las paredes, que tanta satisfacción le producían a causa de la admiración que suscitaban entre los turistas. Todo parecía normal. No había nada que explicara la procedencia de aquel hedor. Pero su expresión se transformó al ver una de las pinturas; primero hizo un gesto de sorpresa y se frotó los ojos como si no diera crédito a lo que estaba viendo, y después hizo algo que la voz de la prudencia le desaconsejó: cogió una de las sillas plegables que había apoyadas en la pared y, a pesar de su edad y de los vértigos que en ocasiones padecía, se subió a ella para mirar de cerca el cuadro. La sorpresa fue sustituida por el horror. Tembloroso, bajó como pudo, se sentó en la silla de la que acababa de servirse y sepultó el rostro entre las manos. Sus palabras «¡qué horror..., qué horror!» fueron poco más que un susurro y nadie habría podido ser capaz de oírlas aunque hubiera estado cerca de él.

EL ENIGMA DEL CUADRO

LA noticia apareció en la prensa cuatro días antes de mi llegada a Roma para participar como ponente en el congreso internacional sobre satanismo que se iba a celebrar allí del 30 de octubre al 1 de noviembre. En ella se decía que el anciano párroco de la iglesia de San Luigi in Manera, situada en pleno centro histórico de la ciudad, cerca de Piazza Navona, al entrar por la mañana en el templo y efectuar su recorrido habitual hacia la sacristía había descubierto, entre perplejo y horrorizado, una alteración en uno de los valiosos cuadros colgados en la pared de la nave lateral derecha: en el rostro de una mujer sollozante a los pies de un camastro donde yacía un esquelético eremita de barba blanca había aparecido una sonrisa que el párroco, impresionado por su descubrimiento, definió en sus primeras declaraciones como siniestra y diabólica. La mujer no lloraba: sonreía. En la noticia, redactada con tono frío y objetivo, no se daba a conocer el título del cuadro ni el nombre de su autor, y tampoco incluía un comentario del periodista que la había escrito, lo cual era raro en la prensa actual.

Como es lógico, el suceso reclamó mi atención. La habría reclamado aun cuando no hubiera tenido que efectuar ese viaje, pero en tales circunstancias incluso decidí anticipar mi marcha de la ciudad donde resido, Praga, con objeto de ir a indagar en la iglesia donde había tenido lugar el

hecho antes de reunirme con los demás participantes en el congreso.

A los tres días de haber conocido la noticia, cuando ya había leído alguna otra información —tan superficial que no añadía nada a lo conocido—, tenía en mis manos el billete de avión y había telefoneado para reservar habitación en un hotel de la llamada Ciudad Eterna. Envié un e-mail a un amigo mío romano, el arqueólogo Paolo Ferrara, para preguntarle por la transformación repentina sufrida por el cuadro. Pocos minutos después recibí su respuesta a través del mismo medio:

«Desde que Fulvia y yo leímos la noticia hemos pensado a menudo en ti: se trata del tipo de suceso que te resulta atractivo —mi primera intención ha sido escribir irresistible—. Ignorábamos si te habrías enterado. Tu correo ha llegado después de haberte enviado esta misma tarde el recorte de prensa dentro de un sobre, creyendo que íbamos a darte una sorpresa. ¡Debimos imaginar que estarías informado, aunque te encuentres tan lejos de Roma! En cuanto a tu pregunta, no, no se ha sabido nada; parece que el asunto se está llevando con cierto secretismo, pero si vas a venir para ese congreso —como puedes ver yo también me entero de cosas, no sólo tú—, creo que no te resultará difícil entrar en esa iglesia para hablar con el párroco y efectuar tus indagaciones. Si no fuera así, recurriría a algunos contactos en el Vaticano. Voy a dar por supuesto que tenías la intención de telefonarnos a tu llegada, pero si no ibas a hacerlo, seguro que el contenido de esta carta te animará. Ten en cuenta que vamos a estar en Roma sólo hasta el 29: por la tarde nos iremos a Egipto..., motivos laborales, como los tuyos.

»Abrazos de Paolo y de Fulvia.

»PS.: Aprovecho la ocasión para pedirte, una vez más, también en el nombre de mi esposa, que dejes de frecuentar esos ambientes y a esas personas, aunque sabemos que no harás caso. ¿Se te ha ocurrido pensar que alguna vez pueden llegar a ser peligrosos? ¿No has tenido ya bastante?

Aquel congreso iba a demostrar que Paolo y Fulvia tenían razón, hasta el punto de que más que congreso habrían debido llamarlo una inmersión en el horror.

El avión salía a las nueve y media de la mañana. Tras responder a Paolo con un escueto «telefonaré», desconectar el ordenador y prepararme un té, procedí a hacer el equipaje asegurándome de incluir en él los folios con el texto de la conferencia que debía impartir y la libreta de tapas negras en la que, desde hacía alrededor de un año, iba anotando mis impresiones y reflexiones sobre el satanismo y los círculos satánicos, tema al que cada día me dedicaba con más intensidad porque cada vez era mayor, también, el número de las gentes interesadas por él. No olvidé poner en el maletín mi viejo ejemplar del *Diccionario infernal* de Collin de Plancy, ni el *Diccionario del diablo*, de Ambrose Bierce, ni un bello y raro libro del siglo XVIII sobre demonología y sortilegios que había hallado en una tienda neoyorquina de antigüedades y cuyo autor era el abad Martens, un famoso experto en demonología. Éste iba a ser el tercer congreso sobre demonología al que asistía en poco más de cinco años y el primero en el que se me daba la oportunidad de exponer en público mis ideas sobre el tema, las cuales se podían resumir en una: no creía en la existencia del diablo.

Es probable que mi afirmación resulte sorprendente después de lo que he dicho. Pero aunque en torno al satanismo se congregan hombres y mujeres, jóvenes y menos jóvenes e incluso adolescentes que creen firmemente en la

existencia del demonio —hasta hay quien afirma haberlo visto en alguna ocasión—, no faltan los escépticos como yo. Hasta hace poco se nos negaba el derecho a la palabra en las reuniones y en los congresos, pero de un tiempo a esta parte nos estaban concediendo espacio para expresarnos, sin duda como muestra de su apertura a otras opiniones.

No creo en el demonio y, sin embargo, durante los años que he dedicado a estudiar ese tema me he visto ante sucesos aparentemente inexplicables que siempre he intentado analizar a la luz de la razón. Éste que según la noticia publicada en la prensa romana había acaecido en una iglesia de la ciudad podía ser uno de ellos. Y el motivo que me llevaba a la capital italiana era tanto el congreso y mi ponencia, cuanto la curiosidad intelectual: intentar averiguar que había sucedido realmente allí.

Mi nombre es Hans Richter, nací en Múnich pero, como he dicho, vivo en Praga, tengo veinticuatro años y hace ocho que me dedico a estudiar el tema, aunque debo aclarar que estoy metido en él desde mi infancia. Básicamente, me muestro de acuerdo con los historiadores que afirman que el diablo fue una invención amedrentadora de la Iglesia medieval. La figura del demonio arraigó de tal forma entre la humanidad que una buena parte de ésta sigue creyendo aún hoy en ella, si bien no han faltado, ni faltan, voces eclesiásticas autorizadas que niegan la existencia del infierno como lugar físico. Y ciertos acontecimientos que los satanistas han relacionado con el demonio son fruto de la debilidad mental de algunas personas. Por supuesto, mis convicciones me habían granjeado no pocos enemigos entre los círculos satanistas, pero eso me dejaba indiferente. La tarea que me había fijado al internarme en serio en ese peculiar mundo fue desenmascarar a farsantes y echar por tierra las supercherías que tanto abundaban en él; me sentía recompensado por cada persona que lograba rescatar del pozo de tales creencias.

Uno de mis peores enemigos era Heinrich Schumann, alemán como yo y, precisamente, uno de los que afirmaban haber visto en más de una ocasión al llamado Maligno. Schumann también iba a estar presente en el congreso romano —de hecho no solía faltar en ninguno—, y me había enviado una carta, con unos signos cabalísticos al lado de su firma, donde aseguraba que iba a mostrarme pruebas concluyentes de la existencia del diablo. Mi primera reacción fue responderle airadamente, pero al fin decidí no contestar a su misiva. La antipatía era mutua.

En cuanto subí al avión que, sin yo saberlo, me llevaba hacia el horror, me aseguré de que Heinrich Schumann no figuraba entre los pasajeros. Eso me alivió porque me evitaba tener que soportar su compañía durante el vuelo. Al principio me dediqué a leer los periódicos italianos que había comprado en el aeropuerto, en los cuales seguía sin decirse nada más sobre el suceso de la iglesia de San Luigi in Manera, y después leí fragmentos del diccionario de Bierce, más ligero que el de Collin de Plancy. Siempre me había llamado la atención que un escritor como él, aunque se sintiera atraído por lo fantástico, hubiera escrito un libro que no encajaba del todo con su espíritu socialista, el cual le había llevado a la revolución de Pancho Villa y a desaparecer en tierra mexicana. Como quiera que fuese, se trataba de un libro atractivo. —Antes de cerrar los ojos para intentar dormir un rato, releí la carta de Schumann, que guardaba con la intención de descifrar algún día el significado de los signos cabalísticos que acompañaban a la firma. Era breve, pero intensa, y, me pareció, amenazadora. Empezaba con el encabezamiento «querido colega», como si Schumann se hubiera propuesto molestarme porque sabía que yo no me consideraba colega suyo, y decía así:

«Dentro de pocos días nos veremos en el congreso de Roma, donde se le ha concedido el privilegio

de hacer oír su voz, aunque no a todos nos guste o a muchos pueda resultarnos insultante. Créame que, pese a todo, le escucharé con atención y espero que usted sepa corresponder a su vez atendiendo a las pruebas concluyentes que voy a darle sobre la existencia de ése en quien no cree. Gracias a mí, el congreso romano le será más provechoso de lo que supone, pero le conviene no olvidar que no hay experiencia sin peligro y que, cuanto más intensa sea aquélla, mayor será, asimismo, éste. Deberá cuidarse.

»Atentamente. Heinrich Schumann.

La relectura de aquella carta me hizo recordar la transformación sufrida por el cuadro en la iglesia romana: pertenecía a ese tipo de sucesos que los individuos como Schumann suelen atribuir a una intervención demoníaca, pero yo estaba convencido de que debía de haber una explicación racional. No obstante, me pregunté cómo habría podido suceder y la única respuesta que se me ocurrió fue que alguien se había ocultado dentro de la iglesia con el propósito de aprovechar la noche y la soledad para pintar impunemente otra expresión en el rostro de la mujer de la pintura.

Pensando en ello me quedé dormido y desperté al oír la voz de una azafata que avisaba con tono neutro, impersonal, que estábamos llegando a Roma. Para entonces, el sol había desaparecido detrás de una densa masa de nubes oscuras que impedían ver nada y creaban la sensación de que el avión había sido atrapado en un mundo amortajado donde no existía nadie más, aparte de nosotros. La oscuridad tenía algo de abisal, como una especie de vacío sin fin tomado por las nubes. Si hubiese creído en el demonio habría dicho que la maniobra de aterrizaje fue una especie de descenso al infierno, cosa que no tenía relación alguna con

la bella y majestuosa ciudad a la que me dirigía, en la cual, según mis recuerdos, hasta el aire parecía el suspiro de un sueño.

Algunos pasajeros no podían ocultar su nerviosismo pese a las sonrisas y a las palabras tranquilizadoras de las azafatas. En el asiento contiguo al mío, un hombre respiraba afanosamente, como si tuviera dificultad para hacerlo o le faltara aire en los pulmones. Por fortuna, el avión aterrizó sin problemas —y sin brusquedad— y los pasajeros nos separamos, pasando a formar parte del anónimo gentío que llenaba las salas del aeropuerto. La niebla se arremolinaba detrás de los cristales.

Como tenía ganas de olvidar lo antes posible la sensación de viaje, tomé un taxi para trasladarme al hotel, emplazado en los alrededores de la Piazza del Popolo. El taxista solicitó para el trayecto una tarifa que me pareció abusiva, pero yo no deseaba discutir y acepté con una cansina inclinación de cabeza, arrojando de golpe el maletín al asiento trasero. No solamente el aeropuerto: también la *autostrada* y la ciudad se hallaban en poder de la niebla, espesa y maloliente. Era mi sexto viaje a Roma y nunca la había visto así. La quietud del monumental pasado de la ciudad se fundía de un modo fantasmagórico con el agitado presente, como en una reunión de vivos y muertos en la que éstos formaran mayoría. La llegada al hotel fue lenta y dificultosa porque el tráfico romano se había hecho aún más caótico de lo acostumbrado por culpa de la niebla.

El nombre del hotel, Imperatore, destacaba como un faro para náufragos urbanos. Después de firmar la ficha de registro y entregar al recepcionista mi pasaporte, un botones me acompañó en el ascensor a la habitación destinada a ser mi residencia durante varios días. Situada en el cuarto piso, daba a una calle en la que los árboles que bordeaban el Tíber asomaban fantasmalmente entre la niebla, por encima de las terrazas y los tejados de las casas.

Igual que buena parte de los hoteles romanos, el Imperatore era un antiguo palacio remozado en el que todavía se podían detectar huellas de sus años de esplendor. A la derecha del vestíbulo, de camino al ascensor y al nacimiento de una escalera de mármol, se advertía la presencia de un salón estilo Liberty al que se accedía por un pórtico formado por dos altas columnas flanqueadas de macetas, amueblado con un piano de cola y con varias mesitas y sofás que habían conocido tiempos mejores; del techo estucado colgaba una lámpara de pedrería y en las paredes había cuadros y cuatro espejos venecianos con el azogue picado.

Una alfombra roja cubría el suelo del largo pasillo del cuarto piso, con sus desviaciones y cambios de nivel, y en las paredes había algunos cuadros y candelabros sin velas que parecían estar allí desde tiempos inmemoriales. La iluminación provenía de un gigantesco lucernario con cristales de colores. Frente a la cama de mi habitación había una hornacina con luz indirecta que servía de marco a un busto de escayola, y, en el techo, un fresco religioso: un estereotipado grupo de ángeles rodeaba a una imagen de la divinidad con el fondo de un cielo inmensamente azul. No hacía falta ser experto en arte para darse cuenta de que no se trataba de un fresco valioso, pero confería cierto carácter a la estancia. Las paredes mostraban manchas de humedad, debidas quizá a la proximidad del río, mas el efecto visual no resultaba molesto. Como todo el hotel, la habitación tenía el raro encanto de las cosas antiguas conservadas con amor.

Lo primero que hice después de tomar una ducha y cambiarme de ropa fue telefonar a Paolo. En ese momento no se encontraba en casa, pero su esposa insistió en que fuera a cenar con ellos y me citó a las ocho y media en su casa del Trastevere, el barrio del otro lado del río, a la izquierda de la Città del Vaticano. No sirvió de nada que ale-

gara mi intención de ir esa misma tarde a la iglesia de San Luigi in Manera.

—Te esperamos. Mañana tendrás todo el día para ir allí —insistió Fulvia.

Estaba claro que no podía negarme. Bajé a tomar un bocado en el bar del hotel y dediqué el resto de la tarde a dar un paseo por la ciudad y acercarme al lugar donde se iba a celebrar el congreso, un edificio feo y gris construido en la época de Mussolini, situado cerca del hotel y de la Via del Corso, el cual formaba parte de un grupo de casas similares. Su fealdad se veía acentuada por la niebla y por el contraste con la belleza que lo rodeaba; su aspecto frío, compacto, ampuloso, tan característico de la arquitectura fascista, hacía de él un marco adecuado para el tema que nos convocaba. Por supuesto, antes de ir a casa de mis amigos decidí pasar por la iglesia de San Luigi in Manera. Si había anticipado mi viaje a causa de lo sucedido allí, consideraba obligatorio tener una primera toma de contacto aunque sólo fuera para tantear el terreno.

Encontré la iglesia después de dar muchas vueltas por calles y callejas entre el Panteón y la Piazza Navona, fascinado, como siempre me sucedía en Roma, por los olores a especias —mezclados ahora con el hedor de la niebla— y por el diferente colorido de las fachadas de las casas, a los que la niebla prestaba unos matices extraños. Es posible que la noticia del suceso me hubiera hecho sobredimensionarla en mi imaginación, pero a primera vista me decepcionó porque parecía más sencilla, menos majestuosa, que otras iglesias romanas, aunque yo sabía que templos aparentemente humildes encerraban valiosos tesoros artísticos e históricos.

Y aquél, además, un misterio fascinante.

La iglesia ocupaba el fondo de una pequeña plaza rectangular y eso, quizá, la hacía parecer menor de lo que realmente era. La fachada estaba formada por dos planos separados por una cornisa ornada con gárgolas que parecían

flotar entre la niebla, y en el menor de los cuales, el más próximo a la cúpula, había unos ventanales redondos cerrados. Disponía de una sola puerta, de mayor tamaño de lo habitual, que también se hallaba cerrada, y al lado de ella un pequeño cartel explicaba en italiano y en inglés que la iglesia había sido construida en el siglo XIII, restaurada en el XVIII, y que en su interior había cuadros de Lorenzo di Credi, de Crivelli y de Signorelli, otros de la escuela de Guido Reni, y frescos de Domenichino.

Tras preguntarme cuál de aquellos cuadros había visto transformado el párroco, me dije que al día siguiente haría todo lo posible para entrar allí. No obstante, antes de marcharme empujé la puerta con ambas manos y tuve que retirarlas inmediatamente, impresionado por el intenso frío que desprendía. Había un silencio absoluto: ni siquiera se oía el ruido del tráfico a pesar de que me encontraba en el centro histórico de una de las ciudades más ruidosas de Italia.

Aquel silencio tenía algo de anómalo, igual que el frío que había sentido al tocar la puerta del templo. La plaza estaba desierta, pero tuve la sensación de que alguien me observaba desde la ventana de una de las casas, a la derecha de la iglesia. Al dar la vuelta para marcharme, di unos pasos hacia la casa y vi detrás de un cristal y del manto de neblina, con tanta claridad como si ésta no existiera, el rostro de una anciana cuyos ojos se posaban insistentemente sobre mí. Sin parpadear siquiera, la anciana trazó la señal de la cruz sobre su frente y acto seguido cerró la contraventana.

De momento no le concedí importancia porque en todas las ciudades hay personas que curiosean la calle desde detrás de un balcón o una ventana, pero cuando ya había dejado atrás la plaza despertó mi interés el hecho de que se hubiera santiguado al verme observar la iglesia. Sin duda, la anciana debía de estar enterada de lo sucedido y seguramente sabría más sobre ello que los periodistas, siem-